

UNA ESPECIE DE MEMORIA,
«AUFZEICHNUNGEN» O «LIBRO DE HORAS»
DE FERNANDO ALEGRIA

POR

CELIA CORREAS DE ZAPATA

San José State University

En 1936, la unión de los partidos políticos radicales, socialistas y comunistas, con el apoyo y la colaboración de artistas e intelectuales, ganó la adhesión del proletariado y de la clase media en Chile. Así nació el Frente Popular, cuyo candidato Pedro Aguirre Cerda llegó a ser electo a la Presidencia de la República en 1938. Sólo había de repetirse un acontecimiento semejante más de treinta y dos años después. La unión de varios partidos políticos en un frente unido llamado Unidad Popular presentó a su candidato, Salvador Allende, quien fue elegido el 5 de septiembre de 1970 por voluntad del pueblo chileno.

Fernando Alegría figura y participa de diferente manera en los acontecimientos sociales que marcan hitos definitivos en la historia de Chile del siglo xx. Como miembro de la «Generación del 38» a la que pertenece, Fernando Alegría comparte junto con Nicanor Parra, Luis Oyarzún, Nicomedes Guzmán, Carlos Droguet, Juan Godoy, Francisco Santana y Volodia Teitelboim, entre otros escritores, la misma responsabilidad social dentro de su obra literaria.

«La actitud de los jóvenes del 38 era de rebeldía. Simultáneamente con ella, uno de los novelistas más poderosos de la generación anterior, eleva su voz para teorizar sobre la necesidad de superar las barreras del criollismo. Se trata de Manuel Rojas, quien en 1938 publicó *De la poesía a la revolución*, libro donde reunió un número de ensayos que previamente había publicado en revistas y periódicos. Esta obra marca la transición del criollismo a la Generación del 38»¹.

Esta generación, conocida bajo los términos de «realista popular», «neorrealista» o «neocriollista», como se ha dado en llamarle, se siente influida tanto por fenómenos de orden mundial como por los cambios so-

¹ René Ruiz, *Fernando Alegría: vida y obra* (Madrid: Novascholar, 1979), p. 44.

ciopolíticos registrados en la literatura chilena de la generación que inmediatamente la precede. La primera guerra mundial, la guerra civil española, la inminencia de una nueva conflagración global, el poder creciente del fascismo y del nazismo en el mundo occidental y, sobre todo, un afán renovador en la literatura nacional, hacen volver la mirada de estos escritores, con apasionada urgencia, hacia el hombre humilde, el hombre común y anónimo de Chile, en una forma más eficaz y concreta que la mención de las lacras sociales efectuadas por el Naturalismo en las primeras décadas del siglo.

Uno de los miembros de la Generación del 38, Francisco Santana, identifica como crítico tres objetivos generacionales:

«1) Variedad de estilo; 2) Nuevas técnicas que él llamó expositivas; 3) La *pasión amorosa* por describir nuestra tierra y el alma de sus habitantes»² (el subrayado es nuestro).

Y este punto nos refiere al último libro de Fernando Alegría, *Una especie de memoria*, autobiografía novelada. Libro testimonio de horas pasadas, *Aufzeichnungen*, iluminado por dentro, por el fanal de esa «pasión amorosa» de recuperar su tierra en el recuerdo y a la distancia. Con voluntad firme, Fernando Alegría desanda el camino del tiempo y rescata «el alma de sus habitantes» en un período crítico de la historia chilena que abarca, según perspectiva del autor, a lo sumo dos meses del año 38. En ese retorno a su juventud y a su infancia surgen armoniosamente entrelazadas las figuras de sus seres queridos: los padres, el condecorado abuelo, la voluptuosa tía, sus primeros amores, los amigos generacionales, los políticos del siglo y los grandes escritores de la época. Neruda, Mistral, Pablo de Rokha, Rojas Jiménez, Subercaseaux, Augusto D'Halmar y otros, desembocan por el desfiladero de la memoria bajo el sagaz escrutinio de ese joven precoz que es Fernando Alegría en 1938. Un sentido del humor enternecido y sabio preside la búsqueda del tiempo perdido en *Una especie de memoria*. El rescate del ayer se lleva a cabo con lucidez y amoroso retorno al ámbito chileno, en un lenguaje altamente poético que separa a esta obra de las anteriores. En 1938 también, Fernando Alegría publica su primer libro, *Recabarren*, vida y obra del líder obrero Luis Emilio Recabarren, figura paradigmática del movimiento socialista. Treinta años después, en 1968, *Recabarren* vuelve a publicarse en Chile bajo el título de *Como un árbol rojo*, con diferente portada. La primera es la figura de Recabarren con los puños en alto y la segunda es un árbol rojo. En esos treinta años transcurridos, aunque la mayor parte de ellos los haya pasado

² Francisco Santana, *La nueva generación de prosistas chilenos* (Santiago, 1949), p. 38.

en el extranjero, «principalmente en los Estados Unidos», como señala Moraima Semprún, «Fernando Alegría no por eso abandonó el país de su nacimiento, lo tiene alojado en el corazón y en el cerebro, de ahí que en gran parte de su obra se perfila la nostalgia por su tierra. Un punto interesante es que el amor a la patria no es el de un hijo extraviado, sino de amante desfasado añorando lo que ama»³.

Una especie de memoria anticipa en ingenioso juego de palabras el contenido de la novela-testimonio. Lo de doncellas está suficientemente claro, ya que el autor parece haber sido tan precoz en el arte de amar como en el de escribir, estableciendo en ambas artes tradiciones y enseñanzas que el tiempo, eterno desmentidor, sólo ha podido seguir acreditándolo en todos sus merecimientos. En cuanto a la palabra «guarniciones», la intención es traer a colación las tropas que defienden la plaza a la vez que sugieren adornos y festones sobre ropa de mujer, especialmente sobre prendas íntimas de vestir⁴.

Al referirse a los esfuerzos de recordar el pasado con la mayor fidelidad, el autor invoca la opinión de otros escritores sobre el difícil género de la autobiografía. «Dice Virginia Woolf —escribe Fernando Alegría— que una de las dificultades más grandes en la tarea de quien escribe de memoria es revelar la verdadera índole del individuo a quien le suceden los acontecimientos narrados»⁵. Aunque el autor se describe a sí mismo como a un joven soñador pero resuelto, eterno transeúnte de las calles de Santiago y adorador de sus crepúsculos, trasciende a la vez la seriedad de su destino y el grave compromiso que va adquiriendo con la vida sin darse cuenta. El relator se ve ocupado en recobrar el pasado «evocando a personajes ya esfumados en una niebla de irrealidad», donde «el memorialista no tiene ojos para sí mismo, ni se escucha ni se toca sino a través de seres que contribuyeron a darle armazón quitándole día a día algo de su alma...» (p. 32). Vivir, nos dice el cronista, es un irse haciendo y deshaciendo en las intenciones de los otros. En cuanto a la obra en sí, nos hallamos con 254 páginas en el manuscrito, divididas en cinco secciones de la siguiente manera: 1) Una especie de memoria; 2) Novela I; 3) Crepúsculos de Maruri; 4) Fin de año; 5) Novela II. A grandes rasgos puede decirse que la primera parte presenta el ambiente familiar y la primera experien-

³ Moraima Semprún Donahue, *Figuras y contrafiguras en la poesía de Fernando Alegría* (Pittsburgh: LALR Press, 1981), p. 15.

⁴ La referencia es alusión al título original de esta novela, *Guarniciones y doncellas*, cambiado después a *Una especie de memoria*.

⁵ Fernando Alegría, *Una especie de memoria* (México: Nueva Imagen, 1983), p. 31. Todas las citas que aparecen a continuación en este ensayo llevan el número de esta edición.

cia del autor, todavía niño, con la violencia y el poder del Estado. La segunda parte nos refiere particularmente a sus novias de la calle Maruri, a sus jornadas en el Pedagógico, a episodios de ternura y pasión entre él y Norma, a la tía, y a la visión que empieza a forjarse de sí mismo al entrar en el claustro universitario. «Llegué a la universidad muy niño, delgado y frágil, vestido con ropas extrañas: un viejo abrigo de pieles, camisa negra, corbata de pintas azules y blancas. Debí causar compasión, habré parecido desamparado» (p. 32). Reflexiona sobre su conducta con una mirada autocrítica que lo presenta como un joven vulnerable, sensitivo y desconfiado. Es, sin embargo, el mismo que aparece sólo unos años antes tratando de llevar a cabo una delicada misión secreta. «Una especie de memoria» trae el recuerdo de una redada política después de un seminario del Komintern, adonde va a parar el narrador a los quince años sirviendo de contacto. Es descubierto y objeto de un ataque brutal.

«'Pa donde vai, cabrito', dijo y no tuvo respuesta.

'Pa donde vai, te digo huevón', y entonces lo cubrió entero, viniéndose lentamente encima. Ese niño, sin decir palabra, se echó para atrás y esquivó el primer golpe...» Y más adelante: «... Levantando en vilo vio crecer la puerta, abrirse la mampara y recibió en la cara el asfalto caliente de la entrada.

Ese niño que era yo entonces, se quedó quieto, de bruces en el suelo, los ojos cerrados, sintiendo un ardor creciente en la mejilla y el correr muy lento de un poco de sangre en la boca» (p. 17). Obsérvese, en el párrafo citado, cómo el narrador cambia de tercera a primera persona, y del tiempo pasado al presente para destacar la relación autobiográfica que se desarrolla en el relato. De esta manera, alternando tiempos verbales y puntos de vista del narrador, se va entregando la crónica de Chile en aquellos años, vista por un joven irremisiblemente comprometido con la historia y el destino de su patria. Por medio de este procedimiento del presente mítico, el acto adquiere presentitud, permanencia, inmediatez continua, como puede observarse en otras novelas del mismo autor. Augusto Roa Bastos escribe en 1972 que la técnica narrativa de Fernando Alegría no es fácilmente clasificable: «Por su manera libre y suelta de narrar, por sus procedimientos de introversión y extravención, de ambigüedad y transparencia, su literatura no es fácilmente clasificable, sin embargo. Una obra de rasgos originales que ha crecido lenta y segura de sí misma a lo largo de dos décadas»⁶.

Una especie de memoria, por su cualidad de transparencia y constan-

⁶ Augusto Roa Bastos, «*Amerika de Fernando Alegría*», incluido en el *Homenaje a Fernando Alegría*, editado por Helmy Giacomani (Madrid, 1972), p. 15.

cia poética del lenguaje, es, a nuestro entender, la obra narrativa más invulnerable de Fernando Alegría. Hay un control riguroso en la expresión que le permite desenvolverse en un amplio registro de matices poéticos. Poesía y humor en sabia alianza y sostenido acuerdo se encargan de estructurar la novela armoniosamente. «Toda buena novela ha de ser una transposición poética de la realidad», ha dicho recientemente García Márquez en largo diálogo con Plinio Apuleyo Mendoza recogido en libro⁷. El lenguaje de *Una especie de memoria* es determinado por el tema de la evocación en la nostalgia del pasado. «Técnica y lenguaje —afirma García Márquez en la entrevista referida— son instrumentos determinados por el tema de un libro»⁸. Hay vibraciones dadas por el humor y la ternura que se manifiestan en el recuerdo de la tierra chilena:

Dan las seis de la tarde y es una tarde cristalina, fresca y llena de amor solidario y nostalgia de patios fragantes, de higueras lijosas y rosas abiertas. Siento que el sol va bajando embriagado y que en mis ojos comienza a alumbrar la entrega de una nueva vendimia (p. 28).

No cabe en este libro ni el rencor ni la venganza. Aun aquellos personajes, como el ensayista «Alone», que no parecen gozar de la simpatía personal del autor, reciben un tratamiento burlesco benévolo más que un ataque directo de antagonistas literarios o adversarios ideológicos. Desde el comienzo se une la brecha de los treinta años que separan al año 38 del 73, años que marcan duramente la existencia del autor. La novela se inicia apenas, cuando Fernando Alegría une en el recuerdo los dos septiembres fatídicos en su existencia:

Hoy, que el año otra vez comienza en septiembre y no en enero, me veo en la huella de esos sacos y esos tarros, en los aros de hierro que conducíamos con pericia por la calle Maruri, abriendo paso al siglo, presintiendo ya en ese abandono, el día en que una cordillera se alejaría de mí para siempre, unos vecinos me llamarían sin voz desde su residencial ametrallada, unos parientes, algunas novias, sonriendo desde la niebla, tratando de decirme algo que no se podrá entender, algo que seguiré esforzándome por descifrar, aunque en la tarea me deje, como mi abuelo, todas las medallas tiradas por el camino, todo el sol acumulado en un balde vacío (p. 13).

Sin embargo, ya que en las memorias prevalece la ternura y la esperanza por sobre la derrota y el desengaño, nuestro autor, al referirse a sus

⁷ Gabriel García Márquez, *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza, El olor de la Guayaba* (México, 1982), p. 63.

⁸ G. G. Márquez, *op. cit.*, p. 63 y siguientes.

ídolos Neruda y Recabarren, afirma: «... forjé con mis manos bustos ambulantes que crearon cierto revuelo y echaron raíces y tradición. Por eso estoy contento» (p. 13).

Hay mujeres en la obra, empezando por su madre y siguiendo por su inolvidable tía, que ocupan páginas felicísimas. En el caso de Norma, su novia de la calle Maruri, y sus novias del Pedagógico, a las que se une en embriagadora exaltación amorosa, manifiesta toda la confusión y el arrojito de sus años. Curiosamente, el ambiente psicológico que se crea en esta novela en la casa de Norma es el mismo que nos coge de improviso en la lectura de *Mañana los guerreros* del mismo autor. Fernando Alegría parece llevar su Chile a cuestas, como se lleva un estado de ánimo que traspasa todos nuestros actos y los colorea de nuestro color interior.

Insistimos en el elemento erótico en la novela como uno de los ejes en rotación constante. Norma coexiste con una novia mayor y experimentada del Pedagógico, que puede ser también Leonor, la protagonista de la Novela II, última sección del libro. Leonor parece haberle ofrecido, en los días turbulentos de agosto del 38, un deslumbramiento ideológico y una entrega absoluta, dichosa y total. Sin embargo, dos figuras en el ámbito familiar, el padre y el abuelo, determinan su tierna filiación con la imagen patriarcal del varón chileno. El abuelo, con sus manos retorcidas por la artritis y el pecho lleno de medallas, aparece como una figura patriótica de antaño, poseedor de una mirada invencible. «Alguien le colgaba sus medallas en el pecho y le ponía con delicadeza la escarapela tricolor en el brazo» ... «en los desfiles del 18 de septiembre, lo sentaban bajo la tribuna presidencial para que lleno de tierra le recordara a la ciudadanía los desiertos en que Chile había conquistado su grandeza». Ese mismo abuelo hacía salir las empanadas, «doradas, bellas y asustadas» con sólo tocar un horno de barro. El autor recuerda haberle visto derribar a un loco sin tocarlo, «sólo con la fuerza de su enojo» (pp. 11 y 12). En cuanto al sentido del humor, el autor lo despliega en juegos de palabras, citas de tangos, arias de ópera y poemas conocidos, sin escatimar la picardía chilena que figura en algunos de sus cuentos y novelas anteriores.

Convencido de que sufre de escorbuto, consulta a su madre, quien le asegura que «ésta es cosa de novelas de corsarios y lo habrá leído usted en Sandokán. Hoy nadie sufre de escorbuto. No es siglo para tal enfermedad. Se habrá indigestado... y procedía yo a llenarme de aguitas: de cedrón, apio, ruda, linaza, poleo, manzanilla, como si yo fuera la Quinta Normal y padeciera de sequía» (p. 156). La madre lo trata de «hijo desnaturalizado» a veces, pero no por culpa suya, sino por «sus mujeres», que le complican la vida. De remate aparece una tía. La tía de la Avenida Lyon goza de una posición sólida, de buena clase media alta aparente-

mente más desahogada que la del autor. Interesada en el porvenir del joven, le manda llamar a su departamento, adonde él llega no sin cierta aprensión. La tía lo examina críticamente y con cariño: «¿A quién saliste? No a tu madre. A tu tía Hortensia, tu madrina, la poetisa. Ella tenía ojos así de tarjeta postal, con lagunas, palomas, sauces y todo» (p. 48). La tía habla de sus años jóvenes en París mientras toma el té a la hora del atardecer. La imaginación afiebrada del muchacho le hace concebir la descabellada idea de que la tía lo ha llamado para que le haga el amor. El marido de la tía, un sastre que nunca llega, es objeto de sabrosas especulaciones imaginativas por parte del joven. Felizmente el sobrino nunca revela la índole de sus pensamientos y participa como escritor fantasma de los artículos periodísticos de la tía. La imaginación del joven corre desenfrenada, como se verá en el párrafo siguiente:

Hablaba de sus primeros amantes a la hora azul de los hotelitos galantes. La hora en que las señoras viven sus romances pasionales decía y yo me imaginaba franceses o argentinos engominados, vestidos de riguroso azul, con mirada de boudoir y manos de masajistas, una compañía rítmica entera de tanguistas besadores, duchos en sofás y en camas, revuelo de corchos de champagne y ella, con su boquita pintada de corazón, sus cejas largas apenas dibujadas y ojeras profundas, inclinada hacia atrás, doblada como una *f*, cayendo suave en sábanas color de alberca (p. 50).

La tercera parte, «Crepúsculos de Maruri», cubre el panorama literario y político de la época. A modo de epígrafe aparece un párrafo de Neruda, de *Confieso que he vivido*, donde se refiere a estos «crepúsculos» como la parte central de su biografía personal. Esta sección está dedicada en su totalidad a las figuras literarias de Chile en lo que va del siglo. Se trata a Alberto Rojas Jiménez, el poeta volador en su filiación con revistas tales como *Claridad*, peñas literarias, camaradas del buen vino y sus grandes amores en París. Se recuerda la llegada de Neruda a Santiago en el año veinte, cuando la capital era una gran aldea de medio millón de habitantes. Neruda, vida y obra, ocupa los párrafos más extensos de esta sección objeto de juicios certeros, luminosos, clarividentes por parte del biógrafo. Se enjuicia a los escritores de la época. Apasionadamente, como en el caso de Neruda, desapasionadamente con Gabriela Mistral. Con gran sentido del humor en el caso de Rojas Jiménez y su duquesa parisién; comprometidos, como con Recabarren y Lafferte, pero siempre, siempre arraigados en tierra chilena. Los poetas que se van a Europa; los poetas que se quedan y recorren el país dando conferencias de norte a sur sobre la franja chilena. Acción política, movimientos literarios, ritmo acelerado, febril.

«Se quedaban unos chilenos muy típicos.» Mariano Latorre y Pedro Prado se quedaron, Eduardo Barrios se fue a vender máquinas de coser Singer a Buenos Aires.

«En esos años del Pedagógico no hubo mentiras», dice Fernando Alegría. «Mi autenticidad era, entonces, insospechable. Quizá ha sido una de las épocas de mi vida en que más nítidamente me di de cuerpo entero en cada acto y palabra definitorias. Quiero decir, persona ardiendo, como monje budista, pero no en llamas, sino en voces y preguntas, actos que, de súbito, se transformaban en agresiones. Después aprendí a tergiversar, a jugar poker y hacer muecas» (p. 101).

El encuentro con Augusto D'Halmar es particularmente venturoso. Al referirse a él, Fernando Alegría nos dice: «Para mí Augusto D'Halmar había llegado como un velero blanco, lleno de sol, de espuma y de sal, a descargar sus cuentos de la India y de España en nuestro país de familias opacas y olvidadas» (p. 143).

El joven autor resuelve invitarlo y el anciano acepta la invitación sin vacilar. «Pudo preguntarme ¿una invitación a qué? ¿a comer más flores? ¿a bailar? Pero no. Me miró desde lo alto y tuve la impresión de que me acariciaba la frente y de que ponía su mano grande y temblorosa sobre mis ojos.» Después de asistir a todas las conferencias de D'Halmar en Santiago, de leer y releer todos sus libros, Fernando Alegría logra persuadir a sus amigos de que le ofrezcan una celebración inolvidable.

Debemos narrar la visita con la mayor fidelidad posible. Los dueños de casa desaparecen para la ocasión dejando la fiesta en manos de los jóvenes. Se han desfundado los muebles. «Invitar a D'Halmar, ¿a qué, para qué?», piensan los mayores. «Viene de España, de la corte donde se tutea con Alfonso el hemofílico, viene del Oriente, de París, de una Mancha que conoce mejor que Don Quijote» (p. 146). ¿Qué pueden ofrecerle los jóvenes admiradores? Pues ni lo saben ni les importa mayormente. Lela, la niña mayor de la casa, toca *Sevilla*, de Albéniz, en el piano: «... y tocó aterrada, aprisa, saltándose notas y perdiendo el compás. Lo ejecutó» (p. 146).

Las otras niñas pasaron dulces. «Miguel... copartícipe en la organización de la empresa... nervioso como un mampato, temblándole los labios, leyó un ensayo de psicología infantil que al anciano le habrá parecido un mensaje de la Casa de Orates...» (p. 146).

Después de la historieta didáctica leída por nuestro joven biógrafo, los concurrentes pierden algo de su timidez y la atmósfera de reverencial tensión se afloja con la aparente aprobación de D'Halmar por la lectura que lleva a cabo Fernando Alegría.

«Lela tocaba a Granados ahora; Miguel y los demás lectores, recitado-

res y cantantes —porque hubo de todo—, perdida la timidez con el oporto, charlaban a gritos, metían bulla, se caían y botaban vasos. Los dueños de casa, envalentonados, entraban ya a la salita y daban pasos de baile alrededor del anciano» (p. 147).

4. *Morir Pollo* cuenta breves episodios alucinados entre los que figura el caso del cuentista Abelardo Barahona confeccionándole un abrigo al diablo, y una temprana visita del autor a casa del escritor Pablo de Rokha, a quien se refiere como «maestro y nigromante». Se detiene en cuidadoso comentario de la poesía de Carlos de Rokha, hijo de Pablo.

5. *Novela II*. En cierta medida continúa la relación establecida en *Novela I*. La segunda novia de Maruri 401, Leonor, entra en un período de efervescencia política que precede al triunfo del Frente Popular y a la culminación de sus amores con el joven estudiante Fernando Alegría. Rolando, el marido de Leonor, se entrega a actividades subversivas dentro del Partido Nazi chileno y después de una desaparición oportuna para los dos amantes, regresa a la capital, donde muere ametrallado con todos sus secuaces. Líderes políticos, entre ellos Marmaduke Grove y Aguirre Cerda, cobran perfiles definitivos y ocupan posiciones de avanzada en la ebullición política de agosto del 38.

Las reflexiones filosóficas del autor sobre la sociedad chilena y el destino de la humanidad se entremezclan con episodios verídicos de acción y de violencia. El amor por Leonor, con quien comparte días de lucha política y noches de fervorosa entrega, termina en una nota de hondo desencanto con la desaparición de la muchacha, tan inexplicable como definitiva.

La novela acaba con un diálogo entre Fernando Alegría y su compañero generacional Nicomedes Guzmán:

—«¿Así que ganamos?» —pregunta Fernando Alegría.

—Ganamos.

—¿Y qué habremos ganado?

—«El camino para la casa» (p. 196).

Y más adelante se pregunta el autor: «¿Aprenderíamos alguna vez? No sé qué habíamos ganado, en realidad, pero llevaríamos una marca siempre. Posiblemente, hicimos una promesa y ella nos sería cobrada treinta años después» (p. 197).

Aquí Fernando Alegría se refiere al triunfo de la Unidad Popular en 1970 con la elección de Salvador Allende. De ese año y de los siguientes, especialmente el terrible 73, deja constancia Fernando Alegría en *El paso de los gansos*. En *Guarniciones y doncellas*⁹ volvemos a Chile llevados de

⁹ *Una especie de memoria*.

la mano por el autor, que escribe con otro temple y otro pulso. Ha dicho Fernando Alegría, poeta, en su poema «Regreso»:

No pido más que la vieja casa
ese mismo velamen de oloroso pino
las ventanas atadas al verde atardecer
y toda su noche palpitando en mi almohada¹⁰.

En «ese mismo velamen» de oloroso pino hemos regresado al Chile azul de las montañas. A ese mismo Chile desde donde, de alguna manera inexplicable, Fernando Alegría no se fue nunca.

¹⁰ Fernando Alegría, *Instrucciones para desnudar a la raza humana* (México: Nueva Imagen, 1979), p. 160.